

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS

DESPUES del Planeta, el aspecto exterior de Manuel Vázquez Montalbán no parece haber sufrido inquietantes variaciones. Sigue con su chaqueta, su jersey y, asomándole, los picos del cuello de la camisa, ese estilo Jacques Perrin —salvando las distancias— propio de la juventud de hace una larga década. De buenas a primeras, no parecería lógico que este sujeto hablase de héroes o aventuras de detectives privados, pero dírselo incluso que tiene prisa por desembuchar unos cuantos conceptos relativos al tipo de novela que él perpetra, tan peculiar por estas latitudes.

—Tengo aún dos o tres novelas clarísimas sobre las andanzas de Pepe Carvalho. Lo que pasa es que antes quiero ponerme con otra que no tiene nada que ver, pero que la he ido aplazando cosa de tres años. Yo las tramas las mentalizo con todo detenimiento, las paso y repaso y busco las vueltas el tiempo que haga falta, de tal forma que cuando llega el momento de ponerme a escribir, la cosa sale de un tirón; pero el período anterior puede llevarme años, la acumulación es larga. Por ejemplo, "Los mares del Sur", como propósito empecé a darle vueltas a principios de los 70. Lo que ocurre es que el clima general del país sólo vino a ayudar ahora. El ciclo entero de Carvalho, bien detalladito, con esquema del ambiente en el que iban a sucederse las peripecias, lo presenté completo por aquellas fechas a un editor del que no diré su nombre, pero que me contestó que aquello no interesaba.

TIEMPO Y DESENCANTO.—Del dicho al hecho hubo un enorme trecho, puesto que la muerte de Franco estuvo en mitad, y los años siguieron pasando, incluso para el propio Vázquez, y ni el mismo Carvalho podía quedarse impávido ante tal impertinencia.

—A Carvalho le hago envejecer, anda ahora en una edad imprecisa entre los cuarenta y cinco y cincuenta. Por ello en la última novela aparecen tantas frustraciones, y son paralelas a varios personajes: la del asesinado Stuart Pedrell acaba por encontrar la de Carvalho, la contagia, por así decir. Añádanse a esto los



Manuel Vázquez Montalbán.

LIBROS

Vázquez Montalbán: No creer en las evidencias

MIGUEL BAYON

múltiples deterioros que le convierten en víctima, su propia memoria. Mis personajes, como le ha ocurrido a tanta gente, salen de una época de dialéctica infernal franquismo-antifranquismo, vivida para bien y para mal como justificación de lo cotidiano. Y ahora se encuentran con que queda un vacío inmenso, un vacío y la incierta supervivencia.

HEROE.—No hay novela sin previamente plantearse el problema del narrador y el del héroe. Cada quisque lo resuelve como puede.

A mí el héroe se me aparece como lo que me resuelve el punto de vista, lo que me pone en condiciones de describir la realidad y de juzgarla. El héroe es para mí un elemento distanciadador. Para acentuar ese carácter, procuro cargarle de características lo más arbitrarias posibles, que ha-

gan difícil la identificación del lector con él. A Carvalho hasta le puse un apellido que no es ni siquiera gallego, sino portugués. Precisamente ese distanciamiento es lo que consigue crear un héroe verosímil. Vas dándole detalles arbitrarios, un poco al modo del doctor Frankenstein, un tornillo por aquí, una tuerca por allá, un pedacito de chatarra. Una vez que tengo así conformado al héroe, me esfuerzo en no hipotecarme con la ideología, ni tampoco con los códigos estéticos. También hay que distanciar en ese aspecto, para que se produzca la verosimilitud.

LO REALISTA.—Narradores y críticos se comen autófaga o mutuamente el coco con la in-definición de lo realista. El tipo de novela de Vázquez inevitablemente ha tenido que pasar por esa clase de meditación.

—Lo que conocemos con la

etiqueta de realismo parte de proponerse la creación de una alternativa a la realidad, válida en términos narrativos. A veces se opta por un instrumental y una metodología de carácter naturalista. Otras, entra en juego el reflejo y la transformación de la realidad, es lo que llamaríamos realismo social o como queramos. A mí me parece que la novela cumple si logra ser una alternativa de la realidad; es lo único que se le puede pedir. Incluso, puestos a conseguir esa alternativa, por supuesto que vale una alternativa irreal a la realidad, lo importante es que sea alternativa. Por eso, yo enterraría términos como el de "realismo", porque la cosa lleva a tales equívocos que de pronto te encuentras con que se identifica realismo con votar al PCE; aunque sea una simplificación grotesca, el asunto está planteado así. En mis novelas existe, claro está, un testimonio de lo que pasa en la realidad, alrededor nuestro: pero pretendo que no sea un testimonio en sentido estático, descriptivo y punto, sino dinámico. "La soledad del manager" y "Los mares del Sur", así entendidas, tienen una continuidad temporal, en cierto modo pueden ser leídas como crónica.

HUMOR.—Vázquez ha tenido siempre un humor que salía cáusticamente al exterior desde esa mirada tan sericita que ves que continuamente está tramando barrabasadas. Desde luego, es el humor elemento indispensable en cuanto garrapates.

—Lo veo también como algo que funciona para ese distanciamiento del que hablaba. O quizá es un testimonio del trato que me traigo con las evidencias, que por muy evidentes que sean no me las acabo nunca de creer. Creo que mi humor nace de que soy un relativista y de que siento un odio profundo por todo lo que huele a dogmatismo, a religiosidad, a Iglesia: ese tipo de cosas en España afecta directamente a la cultura, que está llena de dogmática, de beatos eclesiásticos. Parece como si la inquisición y los apostolados pudieran aquí desaparecer de la vida política, pero nunca, nunca, de la vida artística. Siempre te están diciendo lo que ahora hay que hacer. ■